

iban colmando la medida del sufrimiento, y despertando por donde quiera un espíritu de reaccion por parte del buen sentido de la nacion. Espresion de esta reaccion, y de una vuelta mas ó menos sincera hácia ideas ó hábitos de orden, fue el famoso plan de Jalapa, cuyo grito fue secundado en toda la república. El general Bustamante, que resultó á la cabeza del gobierno, tuvo el tino de rodearse de un ministerio hábil bajo la presidencia del Sr. Alaman, y la república pareció entrar de lleno en las vias de un verdadero gobierno. Promovió en consecuencia esta administracion una vivísima oposicion por parte de los patriotas, que subió de punto con la prision y fusilamiento del ex-presidente Guerrero, antiguo gefe de la revolucion, que habia hecho armas contra la situacion. Las circunstancias agravantes de su captura dejaron no poco en descubierto la moralidad del gobierno, que de este modo proporcionó nuevas armas á sus enemigos.

A los tres años de respiro, nuevo cambio de actores y decoraciones en la escena de la política. El plan de Zavaleta volvió en 1833 á entronizar á los patriotas con Santa Anna á su cabeza, y tornaron las medidas violentas y las proscripciones, los ataques al clero, los

planes de innovacion y además el proceso de los ministros.

En fin Santa Anna se cansó á su vez de los patriotas, y un dia se metió en el bolsillo las llaves del Congreso. No es mi ánimo ni entra en mi plan describir una porcion de sucesos subalternos que se siguieron, ni asistir á los últimos momentos de la federacion: cumple á mi propósito decir tan solo, que en 1836 un Congreso se ocupaba en Méjico de cambiar las bases de la Constitucion. Los hombres llamados de orden venian esta vez armados de un sistema de gobierno minucioso y completo, por manera que parecia imposible que se escapase nada á la prevision del legislador. La república se hacia central, los estados pasaban á ser departamentos; la accion de los poderes públicos, la administracion general y departamental, la administracion de justicia, todo quedaba admirablemente definido en siete leyes divididas en porcion de títulos y multitud de artículos. Los mejicanos no habrian adelantado mucho en el arte de gobernarse, pero en lo que no cabe duda es que habian hecho grandes progresos en el de hacer revoluciones y escribir constituciones.

El desencuadernamiento del gobierno

federal habia sugerido á los publicistas de Méjico la feliz idea de centralizar el poder; pero solo lograron suprimir la vida de los departamentos. No contaron lo bastante con el elemento de la localidad, tan poderoso en un continente virgen, cortado por cordilleras y que se estiende por tantas zonas, ó no hallaron el secreto de nutrir la vida general á espensas de la local, pero sin destruirla, antes bien robusteciéndola á la sombra de una razonable dependencia. Los federalistas á su vez lo habian concedido todo al terreno y nada ó muy poco al hombre, sin cuidar por otro lado de estimular el desarrollo de este elemento moral para que figurara dignamente en la combinacion, y tambien flaqueó esta de semejante vicio radical.

El gobierno español resolvió el problema á su manera y con bastante acierto por la naturaleza misma de los resortes que empleaba, y por haberse acomodado un poco mas al estado social de los pueblos que le estaban sometidos. La centralizacion la tuvo planteada tan en grande, que todos los hilos del gobierno de las Américas venian á recogerse en el Consejo de Indias. Aparte de este gran centro de vida política se daban otros subalternos, en que en primer

lugar se contaban los vireinatos, que á su vez dentro de su circunscripcion daban cabida á otros centros de accion para mejor servir á las necesidades de lugar. Asi el vireinato de Nueva-España comprendia la capitania general de Yucatan y las comandancias de las provincias internas de oriente y occidente, que en muchos ramos se entendian directamente con la corte, lográndose asi atender mas escrupulosamente á los intereses locales.

La naturaleza de los resortes empleados por aquel gobierno les permitia plegarse á las exigencias de localidad; porque esos resortes eran sencillísimos y de una admirable flexibilidad. Un comandante militar, un intendente, jueces y curas, tal era la máquina del gobierno español, la cual funcionaba bien por sencilla y por poco exigente, contentándose el poder con el minimum de sacrificios á que puede reducirse un gobierno de hombres. Las nuevas máquinas de gobierno están por el contrario adaptadas á una sociabilidad mas desenvuelta, y son mas complicadas y gravosas. Paréceme con todo que Méjico ha ido demasiado lejos en este punto. Son veinte y cuatro los departamentos en que se halla dividida la nacion, y sin contar las ruedas

innumerables del gobierno y de la administracion central, he aqui las que constituyen la departamental: un comandante general, un gobernador, un gefe de rentas, cada uno con numerosas oficinas, diputacion y ayuntamientos, prefectos y subprefectos, una audiencia con porcion de jueces de primera instancia, jueces de distrito y de circuito. Todo esto en una nacion de siete millones de habitantes, de los cuales los cinco no necesitan de mas gobierno que el de un cura y un alcalde.

Dos cosas han hecho falta en Méjico hasta aqui: un plan de gobierno calcado sobre las necesidades del terreno y de la sociedad, y hombres capaces de ponerle en juego. En todo extremo los hombres son la constitucion viviente, y su falta no puede suplirse por leyes, si bien ellos pueden suplir la falta de estas, sobre todo en tiempos de revolucion; pero en Méjico ha faltado el genio, y por lo que hace á la mediocridad, ó es osada, turbulenta é inmoral, ó pusilánime é incapaz de toda iniciativa. Nosotros no podemos echar fieros en el particular; porque nuestra revolucion, semejante á las plantas que se espigan rápidamente, ha adolecido de la misma prodigiosa esterilidad.

He dicho que la Constitucion de 36 centralizó el poder; mas no se entienda que le creó fuerte y robusto, cual ha menester aquella sociedad, habiéndole antes bien enredado en un laberinto de trabas constitucionales y sometídole á una dependencia escesivamente servil. No parece sino que se trataba por los centralistas de cortar las uñas al leon, luego limarle los dientes, y en fin cerrarle en jaula de hierro para que no dañase á nadie: los acontecimientos han probado despues que no carecian absolutamente de prevision tales precauciones. Un pobre presidente electivo, durante los ocho años de su gobierno insular, tenia que habérselas con los caprichos de ambas cámaras y particularmente del Senado, aun en materias que parece debian entrar de lleno en los límites de la accion ejecutiva; tenia que entenderse con la corte suprema y la imprenta libre; y como si no bastase esta diaria crucifixion, se le hacia vigilar por un centinela de vista, el poder conservador, verdadero Pedro Recio de los poderes supremos en la custodia del arca santa de las libertades públicas.

Santa Anna, que no entendia de semejantes presidencias y jamás habia respetado otra constitucion que la de su capricho,

dejó á los sabios constituyentes discutir y hablar, y él, recogiendo cuantos soldados y dinero pudo haber á las manos, se encaminó á Tejas, adonde le llamaba el honor nacional, y donde pensaba afilar tanto la punta de su espada, que á su vuelta no hubiese constitucion que no pudiese rasgar con ella, siquiera estuviese escrita en láminas de bronce. Mas dispúsole de otro modo su negra estrella, haciéndole pasar bruscamente de la prosperidad á la desgracia, y de gefe de una república y de un ejército victorioso á habitante de un calabozo de Austin, de donde á duras penas, y con grandes sacrificios y compromisos, logró escapar con la vida.

Bustamante era el hombre que necesitaban los centralistas: era su presidente-modelo, y á la presidencia volvió por segunda vez. Hombre honrado, pero sin cualidades de mando, entregó toda su confianza en manos de un ministerio compacto, como entonces se llamó, formado por el Sr. Cañedo, antiguo diputado á las Cortes de España: ministerio que carecia de las luces del de su primera administracion, y que sobre mandar en circunstancias mas difíciles no fue mas dichoso que él.

Puesta en movimiento la pesada máquina del gobierno central, pareció apoderarse

un profundo sueño de la república, tan solo interrumpido por tal cual estampido de revolucion que allá en apartados departamentos resonaba, pero que en manera alguna bastaba á alterar la calma estóica del señor presidente. Por lo demás síntomas de vida no se reconocian, ni en el comercio que allí es el barómetro del bienestar general, ni en el gobierno, que dejaba inculto el inmenso campo de la administracion y de las mejoras de toda especie. ¡Cosa estupenda! Uno de los pretextos de la revolucion fue la incuria del gobierno vireinal en promover los intereses de la sociedad, pues han pasado veinte y mas años por encima de la independenciam, y á pesar de las mas magníficas promesas de felicidad, no se han abierto en la república dos varas de camino regular, y los antiguos se han ido desmoronando, como el famoso de Méjico á Veracruz, por el que solo atraviesan las diligencias á fuerza de osadía y de ingenio. El tribunal de la Acordada habia limpiado de ladrones el vireinato y establecido en los caminos una paz octaviana; mas he aqui que estos caminos están hoy en dia plagados de avechuchos, que ya no se contentan con ejercer su noble profesion en despoblado, sino que han llegado hasta robar la diligencia dentro de garitas en Mé-

jico y Puebla, y además viven sujetos á una elaborada constitucion que corre impresa. Sin embargo, Santa Anna ha mandado construir un camino de hierro de ocho leguas desde Veracruz, que es empezar por el fin, y tambien ha hecho colgar no pocos ladrones de los árboles del camino; pero el mal tiene raices muy hondas. El gran canal de desagüe de Huehuetoca, por falta de reparos oportunos se halla punto menos que inservible, con inminente riesgo de inundacion para Méjico.

El gobierno del Sr. Bustamante no estaba pues cruzado de brazos por falta de tarea en un país donde casi todo está por hacer, donde las poblaciones se hallan separadas por desiertos y cordilleras, y no se conoce mas administracion que la necesaria para exigir contribuciones.

Mas á falta de estímulo interior sobraron los exteriores, que no dejaron á aquel buen señor tomar una tan tranquila posesion de la silla presidencial como requería su carácter pacífico y conciliador. Entre ellos figura prominente la contienda con Francia. Fundábase ella en reclamaciones que esta potencia hacia por perjuicios que sus súbditos habian experimentado en el país por efecto de sus convulsiones políticas y

por la apatía ú hostilidad de los tribunales. La respuesta era sencilla: "Yo gobierno no respondo de los daños causados por la revolucion, asi como no respondo de los que produce la fiebre amarilla. Vosotros franceses venís á un país que sabeis está en revolucion, y habeis en consecuencia aceptado esta situacion, y sus riesgos han entrado en el cálculo de vuestras especulaciones. Mas si á toda fuerza debo aceptar el principio de la indemnizacion, entre el reclamante y el reclamado debe mediar ó una transaccion ó una tercera entidad que decida; convengámonos pues, ó nombremos un tercero que nos arregle. En cuanto á la hostilidad de los tribunales y su apatía, medios legales teneis de vencerlas, no pudiendo yo hacer humanamente en un sistema de division de poderes otra cosa que estimular al poder judicial, mas nunca admitir el *recurso diplomático* que quereis introducir entre nosotros."

El contraalmirante Baudin, que habia perdido un brazo en Aboukir, no entendia de semejantes sofisterías, y sus contestaciones en esta nueva querella entre el leon y el cordero eran tan lógicas como perentorias: "O me pagais seiscientos mil pesos en que mi gobierno en su alta sabiduría estima

los perjuicios, ó me apodero de San Juan de Ulua. Además los franceses necesitan en Méjico del comercio de menudeo, y ellos le obtendrán. Con estas moderadas condiciones Méjico puede contar siempre con el apoyo inteligente y desinteresado del gobierno francés." El mejicano no pasó por la primera parte del dilema, y el contraalmirante ejecutó la segunda.

El espíritu público suscitado con esta ocasion en Méjico fue inmenso: no parecia sino que toda la nacion iba á caer en masa sobre Veracruz, segun era el patrio fuego que vomitaban las proclamas y el organizar de los nutridos batallones de voluntarios. Los poetas se desataron á su vez; y como al embocar la bélica trompa el recuerdo de las glorias es lo primero que ocurre, no faltó de ellos quien sacase á relucir la alegoría del leon hispano pisando los laureles de Austerlitz, preso luego en las garras implacables del águila mejicana. Hasta el bello sexo hubo de entusiasmarse, y hubieron de palpar sus contorneados pechos á impulsos del marcial corage que rebosaba en ellos, descendiendo con este motivo á las tablas sus primeras notabilidades filarmónicas á soplar con hermosa boca el fuego que ya devoraba las entrañas del sexo fuerte.

Sus lindas manos pusiéronse á fabricar hi-las noche y dia, y con la ayuda en tales casos consiguiente, lograron hacer gruesas remesas de tan precioso artículo á Veracruz; siendo este el único resultado de tan grande efervescencia patriótica, amen de una suscripcion que dió productos regulares, y en que, como de costumbre, las mas fuertes sumas estaban suscritas por españoles.

Por lo que á los franceses toca, en un momento se apoderaron de Ulua, se pasearon por Veracruz, obtuvieron sus seiscientos mil pesos, y orgullosos viraron tranquilamente la vuelta de Francia, adonde fueron á ostentar el cañon tomado á Francisco I en Pavía, y á exaltar la susceptibilidad de los parisienses, que buenamente creyeron en la gloriosa jornada de Ulua. Mas antes de ajustar la paz hicieron sobre Veracruz una tentativa con el objeto de apoderarse de Santa Anna y Arista: éste cayó en sus manos, aquel escapó por las azoteas, y puesto al frente de alguna tropa cargó sobre los franceses que se retiraban, y tuvo la fortuna de perder una pierna en la refriega. Este lance pesado le abrió las puertas del templo de la fortuna, cerradas para él desde lo de San Jacinto. Sacando del suceso todo el partido posible, desde el lecho del

dolor de donde esperaba bajar á la tumba escribió el héroe de Tampico y Veracruz á sus condolidos compatriotas una carta-testamento llena de máximas y protestas, en que por último les pedia le enterrasen en la línea divisoria adonde habia llegado la invasion estrangera, con tanta gloria rechazada por él y por los suyos. Los buenos de los mejicanos lloraron á lágrima viva sobre este legado del patriotismo, y allá en su corazon absolvieron al héroe de todas sus faltillas, y á grito herido le aclamaron el salvador y la víctima sagrada de la patria.

No tardó Santa Anna en hacerse necesario: una intentona de los federalistas le sacó de su retiro para ofrecer sumiso su espada al gobierno, cuya presidencia llegó á ocupar en ausencia del general Bustamante. Entonces fue cuando dió una severa leccion á los federalistas, fusilando á su mas intrépido y temible gefe, el general Mejía, en Acajete, hasta donde habia avanzado fiado en las inteligencias que mantenía en el ejército del gobierno, y le faltaron. Santa Anna, despues de haber salvado á su patria, se acogió modesto á su idolatrado retiro.

Por este tiempo Gutierrez Estrada, joven yucateco que se habia lucido en los salones de Méjico y que con algunos talentos,

pero siempre el eco de ajenas ideas, habia ocupado en la segunda época de los patriotas una silla ministerial, de donde descendió con mucho crédito por mantenerse fiel á la moribunda federacion, de vuelta de sus correrías de Europa, en la atmósfera de cuyas brillantes cortes no habia su *federalismo* encontrado aire suficiente para respirar, dió á luz en Méjico un cuaderno que produjo sobre aquella ensimismada sociedad un efecto idéntico al que nos cuenta la historia que produjo en el mundo literario el discurso de Rousseau sobre la utilidad de las ciencias, y que es parecido al que experimentamos cuando un cielo poco antes despejado de repente nos abrumba con el peso de su cólera, ó falsea la tierra que creíamos firme. Decir á Méjico en sus barbas que sus héroes, de que tanto se gloriaba, eran héroes de taberna ó de presidio; decir á unos tan puritanos republicanos que su amada libertad no llegaba en valor al despotismo de las cortes de Italia, donde gozaba el hombre de infinitas mas garantías; que la república no valía la monarquía; y que, siendo incapaces de gobernarse y hasta de sacramentos, era preciso que mirasen hácia el oriente, donde habia de lucir para ellos la estrella de salud, so pena de que si

no lo hacian asi muy pronto el águila americana que ya habia partido del capitolio de Washington vendria á abatir su magestuoso vuelo sobre las torres de la magnífica catedral de Méjico; decir todo esto y aguardar contestacion, hubiera sido el colmo de la estupidez; y como el que lo decia no adolece de este achaque, tan pronto como notó la inmensa polvareda púsose en buen recaudo, y favorecido del Sr. Bustamante y su gobierno salió de la república.

Entonces fue el llover de los folletos, y el enfurecerse de las autoridades, y el clamar de todo el mundo contra la ingratitud y la estupidez del calumniador, cuyos ojos de míope no alcanzaban á divisar lo que estaba tan á las claras, á saber, la dulzura, la hospitalidad y demás virtudes que adornan el carácter mejicano; la copia grande de sabios que habia producido la nacion; los oradores, los predicadores y los escritores públicos, todos eminentes, que contaba por docenas; el embrutecimiento y miseria en que los habia dejado el bárbaro despotismo vireinal, y el inmenso progreso que habian hecho en todos los ramos del saber y de la riqueza: y por si acaso en materia de fe republicana habia algun recalitrante, hicieron al profeta Samuel que recitase de nue-

vo aquellas magníficas promesas de felicidad que se realizarian bajo la férula de los reyes. Los españoles, que sin comerlo ni beberlo se vieron envueltos en la tremenda refriega y amagados de cargar con los pecados de Israel, gritaron tambien á su vez, diciendo: "Nada de víctima espiatoria; cada uno cargue con sus pecados, ustedes, señores mejicanos, con sus locuras de que tan medrados se ven, y nosotros con nuestro despotismo vireinal, de que en el dia del juicio daremos cuenta á nuestro Señor." Con lo que se aumentó la zambra, y aquella fue una liorna, que ni Don Quijote la armó mayor cuando montó en cólera contra los títeres de Maese Pedro.

Entretanto la vida política de Méjico volvía de nuevo á agitarse al rededor de un personage que, semejante á Cincinato en esto si no en su abnegacion patriótica, sacudia cuando podia el peso de los negocios públicos para volar al asilo *amado de su corazon*, desde donde á duras penas tornaba en hombros del clamor popular al gobierno cuando habia que conjurar alguna tempestad. Este personage era el general Santa Anna, y ese retiro amado la magnífica hacienda de Manga de Clavo á cuatro leguas de Veracruz.

Manga de Clavo se habia hecho el centro de todos los descontentos y el foco de las intrigas puestas en juego para derribar al gobierno. El grito que marcaba á la república el giro de sus nuevos destinos (1) se dió esta vez en Guadalajara, y el general Paredes, á quien le tocó gritar, se movió magestuoso con sus fuerzas insurrectas hácia la capital, donde el pronunciamiento de la ciudadela redujo en seguida á bastante estrecho límite la autoridad del gobierno. Este acudió al poder conservador para preguntar, si una vez que se veia con el dogal al cuello é insultado en sus mismas barbas podria en fin obrar. El oráculo, no sin dificultades y cortapisas, contestó en sustancia, que era la voluntad de la nacion se salvase la constitucion. Armado con este formidable *caveant consules*, el gobierno se decidió á mantener sus posiciones, y además á ocupar los campanarios todos de la ciudad.

Santa Anna, viendo la patria en peligro, se decide en fin á dejar su amado retiro, se pone al frente de Veracruz pronunciado,

(1) En Méjico cada nueva situacion está precedida de un grito acompañado de su *plan*, en el que se describen las llagas de la patria y se anuncia el nuevo gobierno, llamado por la Providencia para curarlas.

improvisa una llamada division, y á su cabeza se sitúa en Perote. De allí toma la palabra, y en tono enfático anuncia á la nacion atenta, que el gobierno con efecto habia descontentado por su falta de energía y otros pecados, y que en consecuencia no merecia desatenderse el grito de Jalisco, dado además por generales beneméritos, soldados valientes y virtuosos, magistrados entendidos y rectos (1); pero que á la vez merecia no pequeña consideracion el gobierno, siendo ya tiempo de salir del estado precario de las revoluciones: concluye pues tomando el título de mediador entre el gobierno y los disidentes.

El bueno de Bustamante, que mandaba dentro de la capital fuerzas respetables y decididas, entre estas y las otras dejó pasar la division del mediador, que hubiera podido deshacer con un escuadron de caballería, y asi bien la mas respetable de Paredes, dándose ambas la mano en Tacubaya con las fuerzas de la ciudadela mandadas

(1) Allí jamás se usa llamar á nadie por su apellido neto: el coronel *Tal* sería una trivialidad, y se hace preciso decir: el bizarro coronel *Tal*, el dignísimo general *Cual*. Hay además la sublime categoría de héroe, y el pais está cubierto de ellos: asi el héroe de Dolores, el del Sur, el de Iguala, el del Gallinero, el de Tampico y Veracruz y otros.

por el general Valencia. Ya entonces Santa Anna no se contentó con el papel de mediador, sino que tomó el menos reverente tono de amo. Bustamante entretanto, víctima de su irresolucion, probó que en las guerras civiles la fortuna no es enteramente ciega, sino que se place en coronar la actividad, y aun á veces la osadía y hasta la temeridad; porque todo en ellas depende de la fuerza moral, la cual no cae nunca sobre el platillo de la inaccion, y de ordinario ni aun sobre el de la prudencia. En medio de tan estraña irresolucion tomó una determinacion aún mas estraña, y por decirlo así desesperada, que fue proclamar la federacion, abdicando de este modo la dignidad del mando, y descendiendo de la altura de un gefe legítimo de la república para confundirse con el último faccioso; pero tal era su deseo de ganar la partida á su odioso rival, que le cegó hasta este punto en la eleccion de los medios. En fin, se retiró de Méjico (y fue lo único bueno que hizo) dejándola libre de las calamidades que sobre ella habian pesado en treinta y nueve dias, durante los cuales se quemó no poca pólvora desde los campanarios y se causaron muchas desgracias, pues de la ciudadela se divertian los virtuosos y valientes ciudadanos allí en-

cerrados en sembrar al acaso granadas y bombas por aquella inerme y desventurada ciudad de doscientos mil habitantes, oprimida por dos bandos que en junto compondrian al principio una fuerza de tres mil soldados.

Bustamante se situó en Guadalupe y alzó bandera negra con una calavera blanca y sus huesos pintados en ella, con lo que daba indicios de sepultarse bajo las ruinas de aquel pueblo ó de la república entera si necesario fuese; mas no sucedió así, sino que inmediatamente capituló con su division intacta y solo diezmada por la desercion (que fue la segunda cosa buena que hizo en esta memorable campaña), y tomó por segunda vez la ruta de Europa, arrojado en ambas de la silla presidencial por el mismo afortunado rival, que si no valia mucho mas en pericia militar, le escedia grandemente en el arte de conducir á buen puerto una de esas que allí se llaman revoluciones. Todo esto pasaba en setiembre y octubre de 1841.

Una era de regeneracion acababa de inaugurarse en la república á tambor batiente y al brillo de las bayonetas, reunidas de los cuatro vientos para esterminar el imbécil gobierno de Bustamante. El ejército de oriente habia hecho su conjuncion con el